

“Santander y la instrucción pública”

(Presentación del último libro del profesor Jesús Alberto Echeverri)

*Federico García Posada**

Primero que todo, y casi para dejar constancia, debo advertir lo evidente:

El libro del profesor Alberto Echeverri ha salido en un momento propicio por lo que tiene que ver con las preocupaciones nacionales actuales.

En lo que parece tener las visas de una disputa acerca de cuál deberá ser la estatua más grande que haya en nuestras plazas públicas, todo lo que sobre Bolívar o Santander se diga entrará a contar. No sólo el patriotismo o las dotes de gobernante, sino hasta la capacidad amatoria y la intensidad del

* Profesor Facultad de Educación.
Universidad de Antioquia.

sufrimiento han sido parangonadas. Pero a medida que se vaya dejando de lado la tarea de reconstruir la crónica social y el chismorreo santafereño de los 1800 veintes, irá cayendo la discusión en una zona menos pintoresca y entretenida, menos telenovelizable, y más de orden trascendental.

Pero la coincidencia entre el libro de Alberto y la polémica nacional, es decir, el libro de García Márquez, no es del todo fortuita. No porque haya sido buscada por Echeverri de alguna manera, eso es apenas obvio en alguien que desde las primeras páginas del libro se declara practicante de una ética spinociana, sino por lo que parecerá aquí un divertimento conceptual decirlo: por obra y gracia de la Inmanencia entre ambas obras:

Cuando iniciamos los Colombianos la reflexión sobre Cien años de Soledad, ya no tanto por la gracia y la mágica trama que enreda y desenreda sino por su significación en el destino del País, fuimos comprendiendo que estaba empezando a escribirse, por fin, la obra de la nación. Es decir, ya empezaba a objetivarse en el lenguaje una geografía humana capaz de presentar los elementos constituyentes de lo que hace tiempos llaman el alma de una nación.

Nadie podía entonces predecir cuáles habrían de ser los párrafos siguientes, pero estaba claro que se daban los primeros pasos en el desembotamiento, en el dejar el ensimismamiento infantil que no era otra cosa que la prolongación por 150 años de lo que nos enseñaron como la Patria boba.

Por esos días echaba a andar la nueva Historia de Colombia y al menos en los inicios se revelaba como un acto de inconformidad generacional con Henao y Arrubla y Rafael M. Granados. Pero en ese mismo crisol, que se calentaba en el interior de los tórridos años setenta, se estaba produciendo un desplazamiento rápido desde los que fueron los guías espirituales e intelectuales de la generación, europeos ellos, hacia lo que pudiéramos denominar las raíces telúricas de nuestro modo de ser.

En ese desplazamiento también fue arrastrado Alberto Echeverri y ya andaba con Gramsci en una mano y Fernando González en la otra, a mediados de la década. A pesar de la clara expresión de gratitud que él tiene -Echeverri-hacia Foucault, creo que si a éste se le saca del trabajo, nada se cae. En realidad,

cuando define al documento como conjunto de fuerzas en reposo, basta con evocar la noción de lo concreto como síntesis de determinaciones múltiples, también evocada por Gramsci en recuerdo de su maestro, y todo seguirá en pie. A veces se me ocurre que Foucault le sirvió a una generación universitaria de Medellín, como inteligente coartada para no abdicar de sus principios teóricos y poder al mismo tiempo renunciar a las consecuencias prácticas o políticas de esos principios, por lo menos en esos días.

Ahí estaba, decía, Femando González. Una de las grandes pasiones de Alberto es Femando González. En el pequeño Teatro portátil que cargamos Alberto y yo en el morral de nuestra amistad, sacamos a veces a Don Benjamín, a Estanislao, al maestro de escuela, a nuestro Simón Bolívar y por supuesto también a Santander. Conjugados estos personajes, nos queda siempre la misma impresión: entendió el alma de este pueblo.

Más de una vez me ha impresionado la voluntad del profesor Echeverri para contener su imaginación Rabelesiana y aplicarse con método al estudio de los archivos y lo que es más gracia, amarrar su estilo al escribir. En eso tal vez aflora en él, ese orden impecable propio del maestro de escuela. Logró dejar depositada temporalmente esa imaginación al condensarla, como se verá en el libro, en trozos sacados de García Márquez, de Carrasquilla y de Femando González. En estos autores, que tuvieron el empeño de comprender, encuentra explicación la vocación de Alberto por la historia. En esta época, ciclo de la comprensión de Colombia como nación, se aplica la coincidencia o mejor, la inmanencia. Quisiera ampliar más estas ideas, pero no quiero incurrir en el error de usar la presentación del libro de Alberto, como pretexto para leerles otro.

Gracias.